



EL DIA DEL MAESTRO.

(Fotografía Juan Caruso)

Alumnas y ex-alumnas, maestras y ex-maestras del Instituto Normal, rindieron homenaje en el día del maestro —22 de setiembre— a María Stagnaro de Munar, primera directora del Instituto que lleva su nombre, acudiendo en corporación al pie del monumento levantado en el Prado.



El Director de la Escuela Nacional de Bellas Artes, señor Adolfo Pastor, posa en compañía del pintor José María Pagani. Ambos son profesores de los cursos normales.



Los alumnos estables dedican sus empeños a los distintos medios de expresión artística que les brinda la Escuela. La pintura, por ejemplo, apasiona a una gran mayoría.

## LA ESCUELA NACIONAL DE BELLAS ARTES ABRE SUS PUERTAS AL PUBLICO

**H**ASTA hace muy poco tiempo, para la mayor parte de la población montevideana, la Escuela Nacional de Bellas Artes era un adusto edificio a donde iban a desarrollar sus aptitudes los jóvenes que demostraban un más alto grado de habilidad artística, seleccionados entre los grupos más idóneos de la colectividad.

En los tiempos actuales, en los que la tarea de educar constituye una de las competencias vitales de los gobernantes, tal tesitura era insuficiente y mediante un apropiado proyecto las cosas comienzan a ocurrir de otra manera, de modo tal que ya no son sólo los alumnos y las alumnas quienes se benefician con la asistencia a este centro de enseñanza y orientación estética.

En esencia, la razón de tal cambio, que medra con agilidad, es que hoy en la Es-

cuela, creada por un decreto del año 43, reina un nuevo espíritu, el cual sin duda agradará muchísimo a todas aquellas personas que poseyendo una natural inclinación artística, no tenían hasta la fecha oportunidad de manifestarla y cultivarla.

Y es así como, a la par de las tareas regulares, quedaron establecidos para el público, en el mismo local de la Escuela que funciona en la calle José Martí 3328, un curso de croquis con modelo vivo que se lleva a cabo los días martes y jueves; uno de dibujo y pintura que se cumple los lunes, miércoles y viernes; y un tercero de ensayo de pintura mural al fresco que se realiza también estos tres últimos días. El horario de todos ellos fue establecido entre las 17 y 30 y las 19 y 30 horas y para asistir a los mismos no hace falta inscribirse, siendo por lo tanto absolutamente libres

y gratuitos, pues no se exige tarjeta de admisión ni se cobran cuotas.

A estos cursos acuden decenas de personas que todas las tardes se sienten en la Escuela como en su propia casa, en la que encuentran un ambiente amigable, exento de ceremonias y restricciones molestas y que dan cumplimiento a una vasta obra de irradiación cultural en provecho total de la sociedad.

Tal nueva modalidad ha traído aparejada la consiguiente amenidad y animación de cosa auténticamente popular a los salones y corredores de la Escuela. Los cursos cuentan ya con un número relativamente importante de personas, que se irá haciendo mayor en los próximos años y a medida que cunda esta iniciativa y donde no es difícil que cada participante salga dando se cuenta de haber aprendido algo, o quizá mucho, en la tarea de expresar la vida en términos de color, de luz y de sombra. Otra de las tareas impuestas en este nuevo período que abordó la Escuela durante los dos últimos años, es la realización, cada vez más numerosas, de exposiciones efectuadas con trabajos de sus alumnos y reproducciones facsimiles de pintura antigua y moderna, escogidas de acuerdo al criterio selectivo de un catálogo impreso por la UNESCO, que señala todas aquellas obras artísticas de una mayor fidelidad con los originales.

Tales exposiciones se realizan preferentemente en el interior del país y han dado óptimos resultados este año en los liceos departamentales de Minas y San José, primeros eslabones de una serie que abarcará la totalidad de la República.

Simultáneamente se realizan en el mismo local de la Escuela, exhibiciones de

obras de autores nacionales del pasado y otras con material seleccionado entre los más geniales artistas del acervo cultural del mundo.

Aunque en principio dirigidas a la ilustración del propio alumnado, acude también a estas exposiciones el público montevideano, en forma especial el de esa vasta y populosa zona de Pocitos y alrededores. Por otra parte, aunque no sea ese el propósito, se fomenta la descentralización de los salones expositores, que no tienen por qué estar necesariamente ubicados en el centro de la ciudad y su distribución en las distintas barriadas resulta igualmente provechosa.

En la actualidad se lleva a cabo en la Escuela una exposición de reproducciones de obras de pintores italianos del 400, que sucede a otra de litografías en colores de Leger, efectuada por feliz mediación de Carlos Carnero, un ex-alumno que en gira por Europa trabajó en el taller del gran maestro francés hasta llegar a convertirse en su ayudante.

En tanto, se proyecta una muestra de grabados de artistas europeos y otra de Carlos Rivello, un joven y talentoso pintor uruguayo que fuera becado al viejo mundo y a quien la muerte malograra prematuramente en nuestro país.

Una recorrida por el actual edificio de la Escuela, permite apreciar al observador una notoria superioridad sobre el que ocupaba anteriormente en la Avenida Garibaldi; sin embargo, no dispone todavía en sus ambientes de las proporciones adecuadas ni de la luz apropiada que exige un instituto de esta naturaleza. Es lógico que así sea, si se tiene en cuenta que si bien se trata de una hermosa casa residencial de dos plantas, de fachada sobria y atrayente, no ha sido sometida aún a las justas ampliaciones que la convertirán en el local apropiado que debe ser y en consonancia con la función didáctica que desempeña.

Casi invariablemente, la Escuela alberga en su seno un total de 200 alumnos y un cuerpo docente integrado por doce profesores, que actúan de lunes a sábado en turnos diurnos y nocturnos. Los programas incluyen clases de dibujo, pintura, escultura,

Millones  
de mujeres prefieren  
ahora  
**Angel Face**  
de POND'S

— Polvo con base, todo en uno —



¡Un maquillaje rápido y cómodo! Angel Face hace ¡en un instante! un arreglo completo. Puede aplicarse hasta en la oscuridad del cine: siempre queda... ¡perfecto!

Un cutis de terciopelo! Angel Face da una adorable apariencia, de luminoso colorido. Jamás seca el cutis ni lo engrasa. No se agruma. Dura horas... ¡sin retoques!

Rubio - Nacarado - Rosado - Moreno  
Bronceado - Gitano

SEA MODERNA...  
Y SEA MÁS LINDA: ¡USE ANGEL FACE!



Centenares de maravillas pictóricas como estas piezas facsimilares de Honoré Da Vinci, Seurat, y el aduanero Rousseau, integran la colección viajera que la Escuela envía preferentemente a los distintos liceos departamentales, cumpliendo así una misión de alto valor didáctico.

grabado, anatomía artística, pedagogía e historia del arte. En próxima fecha se acoplará un curso de mosaico a cargo de un profesor uruguayo que estudia actualmente en el taller de Ravena, que funciona en París, bajo la dirección del pintor Gino Severini.

Como actúa en base a un presupuesto que obvia sólo las necesidades más apremiantes, la Escuela está naturalmente imposibilitada de hacer frente a cualquier plan de becas por modesto que sea y que permitiría el perfeccionamiento de sus egresados con calificación sobresaliente en los grandes centros europeos. Para esos fines no dispone hoy en día de un solo rubro, después de ser abolida durante el golpe de estado la ley que otorgaba las becas. No es arriesgado suponer las ventajas que reportaría el recompensar a los estudiantes más distinguidos con un viaje a las fuentes perennes del arte y la belleza.

Actualmente, ocupa el cargo de Director de la Escuela Nacional de Bellas Artes, el artista compatriota Adolfo Pastor.

Este hombre de presencia apacible, de decir mesurado y sereno, tan alejado de los límites de la propia importancia, es un venero casi inagotable de energía física y mental: aparte de un registro total, permanente y al día, de todos los acontecimientos plásticos que suceden en el mundo del arte.

Basta escucharlo hablar de la planificación ideal de la Escuela, para tener la certeza de que aceptó el cargo con la cabeza llena de ideas y reformas que, cumplidas en parte, aguardan todavía su cabal cristalización.

Exponiendo su credo en materia de instrucción pública, sostiene que la misión de la Escuela es la que le señala su actual Consejo Directivo, o sea el enriquecimiento de la vida espiritual y artística, no sólo del alumnado, sino también del público, al que debe la máxima contribución de su sostenimiento.

La nostalgia por un idílico pasado pictórico, tan claro y penetrante, nos lleva a preguntarle si todos los alumnos de su dependencia aceptan de igual modo las tradicionales normas pedagógicas, en estos tiempos de abstracciones, cerebralismos formales y líneas demoníacas, que más que de pintura tienen el aspecto de verdaderos laberintos y se escabullen, se tuercen y se escapan, en oposición con el racionalismo básico de un arte al alcance de la multitud, el Sr. Pastor nos manifiesta que así como la Escuela no puede dar una enseñanza académica, porque las verdades plásticas no están encerradas en cinco o seis verdades, tampoco se ciñe a determinados credos porque entra dentro de los patrimonios del Estado y, como tal, debe hacer imperar en sus fuentes el laicismo estético. Además, no debe olvidarse que todo proceso creativo depende de leyes desconocidas. Por eso la Escuela suministra a cada joven vocacional los conceptos plásticos que lo ayuden a manifestar su personalidad. Le brinda



El público asiste cada vez con mayor entusiasmo a los diversos cursos libres para aquellas personas interesadas en el cultivo de las bellas artes. Dos veces por semana se realizan las clases de croquis que aquí vemos. El resto de las tardes se cumplen experiencias de pintura, dibujo y murales.

agudeza técnica y sin entrar en conflictos con galimatías, los orienta en el mundo de los problemas plásticos donde cada cual tiene que descubrir su propio camino para usar sus propios dones.

Conviene subrayar que durante los primeros años, todos los alumnos se apoyan de manera integral en el profesor, pero tiempo después, cuando algunos creen estar en posesión del conocimiento, se produce una lógica crisis entre la enseñanza que aporta la Escuela y el lenguaje personalista.

Aunque dificultades análogas siguen siendo entrañables en todos los órdenes de la vida, ¿qué solución buscar como cuando en este caso lo que está en juego son las misteriosas reglas creadoras del arte? ¿Pueden, acaso, serle aplicados dogmas tan rígidos como los que afectan el conocimiento de las ciencias exactas? Pero indudablemente esta es otra dilucidación y otra historia que escapa a la jurisdicción de esta nota.

Consignemos, por último, que muchas de las onormes posibilidades de esta cruzada emprendida por las autoridades de la Escuela Nacional de Bellas Artes, que tiende a transformar una afición artística del público en un hábito que anime y enri-

quezca la vida cultural del país, satisface un sentido anhelo de nuestro tiempo.

Pero el juez que en última instancia debe dar su sentencia sobre las innovaciones implantadas últimamente, es el público.

Pues, estrictamente para su beneficio, se han abierto las puertas de la Escuela.

J. R. CRAVEA

Especial para EL DIA.



La obra de algunos de estos espontáneos alumnos, escogida al azar, nos demuestra las posibilidades que hay entre ellos, y cómo medra.



Entre nuestra juventud estudiosa, la mujer ocupa el sitio de relevancia que la destaca por igual en todas las manifestaciones. Esta muchacha de color parece confirmarlo en el campo del arte.



Actualmente se lleva a cabo en el local de la Escuela, en la calle José Martí Nº 3328, una exposición de artistas italianos del 400. La figura ornamental del fondo es un calco de "La Noche", uno de los temas de la tumba de los Médicis, ejecutada por Miguel Angel.



La plaza conserva aún un sentido vegetal, de sana rusticidad, en la que los árboles, aún podados, son más altos que las casas

## LASCANO, SOLEDAD EN LA LLANURA

El campo más campo, en pleno campo, plenitud de campo. El día promete luz y aire suave, frío, cortante. El profesor Analio Amonte nos conduce en su coche por este camino tierno de madrugada. Silba el aire, y las palmeras se mecen con alegría de alma recién salida de húmedas cerrazones. El sol, guía del paisaje, nos incita al coloquio con las cosas. Los ranchos se han quedado dormidos, sin humo de intimidad. Las reses caldean el aire con su vaho entrañable, mugen suavemente; lo adivinamos en su gesto y en la leve convulsión de sus ijadas. Las ovejas levantan la esfinge de sus cabezas de piedra y nos miran con ojos fijos de deguello, sin dejar su rumiante diálogo con los verdes.

Palmeras, siempre palmeras. Dejamos el camino de El Indio y las palmeras nos dan sus últimos adioses. Aparecen ahora dispersas. Irán desvaneciéndose del horizonte dejando en nosotros una impresión de gracia gris, altiva en la chatura de los panoramas. A nuestra izquierda, en la ondulación de cada cuchilla, en su costilla más alta, miramos hacia la izquierda y el bosque de palmas es una mancha gris que se confunde con el gris de la laguna y del mar. Algo imponente por su grandiosidad, grato por la suavidad de los tonos. Debe ser un paisaje difícil de pintar, muy difícil, si bien es verdad que ahora ya no importa el paisaje como objeto de pintura, como

tampoco importa el hombre y su drama. Lo que importa ahora es la abstracción, lo que algunos llaman ideas, y cuán lejos de aquellas ideas paradigmáticas de la filosofía platónica.

Pero si los pintores ya no saben dialogar con el paisaje, el hombre sí, y lo que importa, más que el pintor, más que el literato, más que el músico, más que el poeta, es el hombre. El hombre sentirá siempre la resonancia de las cosas aldoboneando en su sensibilidad. "Mire, mire — nos dice el amigo López Blanquet — ese cerco de piedras levantado por unos vascos. ¡Qué gente más tenaz!". Y es cierto. Por entonces, el alambre, con o sin púas, no estaba en uso, y aquellos pioneros que fueron los vascos cercaban sus tierras, potreros y palenques, levantando murallones de piedra. Aún se ven aquí, pero no obra de vascos, sino de esclavos negros, cercas que se extienden kilométricamente para encerrar la vastedad de las estancias.

El paisaje es ahora de cuchillas que se van sucediendo onduladamente. Árboles achaparrados, de soledad agreste, unos; formando pequeños rebaños de verde intenso, otros; dando un tono especial, diferenciado, a esta parte del departamento de Rocha. Pero ¡ojó! Hay que deslizarse atentamente. Nos cuenta el amigo Amonte que desde hace diez o más años, vialidad y el pueblo de Velázquez, vienen sosteniendo

pleito por si un puente que salve el arroyo se ha de levantar en tal o cual lugar, y el resultado es que no hay puente ni camino bueno en un tramo. Y como cosa del diablo; al momento un golpe hace temblar el coche. Paramos. Se ha torcido el eje y se ha perdido una pieza al chocar con una piedra, todo gracias a la disputa de vialidad con el pueblo de Velázquez.

Mi necia manía de la exactitud, aprendida en cuarteles, campos de concentración y cárceles —malditas escuelas de aprendizaje—, me obligan a mirar el reloj para calcular si llegaremos a la hora fijada. El conductor interpreta como duda lo que es un acto de reflejo y sigue la marcha. Pasamos ahora por Velázquez. "¡Mire, mire! —nos dice el amigo Cereceda—. ¡Mire esa monumental escuela!". Es cierto. Es algo así como el sentido catedralicio escolar. Un orgullo para esta pequeña localidad y para el país, por su suntuosidad, por su grandiosidad, si no hubiera tantas escuelas establecidas en ranchos que se derrumban.

Llegamos a Lascano. Las diez en punto. A las diez y media he de hablar a los alumnos liceales sobre Einstein. Me presenta el director del Liceo, profesor Adolfo Rodríguez Mallarini. Alto, seco, nos impresiona como una estampa del Quijote trasplantada a la llanura de Lascano. Lo hace con español puro, bien trabado, elegante, que ya quisiéramos quienes diariamente

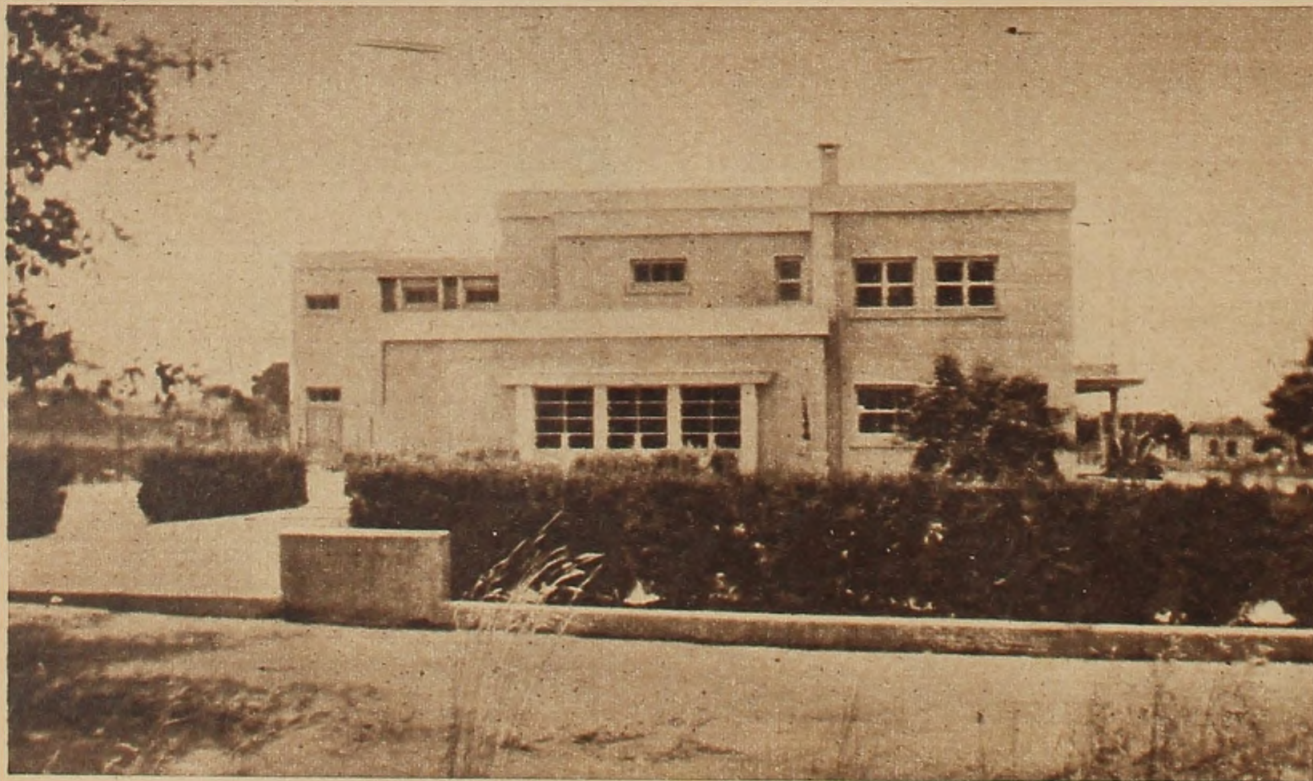
nos lanzamos a la brega con las palabras. Hablamos de Einstein niño, hombre y sabio. Acentuamos el énfasis en la calidad del hombre a quien ni la gloria, ni la popularidad, ni la admiración de todos, le torció su condición de espíritu solidario con el dolor de sus semejantes. ¿Habrá prendido algo de esa llama de valoración humana en la mente de la juventud que llenaba el salón? La atención con que escuchaban nos hace presumir que, si esa llama no prende en ellos, no será por su culpa.

Como nuestro coche —lo de nuestro no pasa de ser un eufemismo más o menos pretencioso— se halla en reparación, el farmacéutico, Sr. Varín Urriaga, nos acompaña con el suyo para que nos demos una impresión del conjunto urbano y alrededores. Una ciudad del interior es igual a otra ciudad del interior. La plaza, la escuela, el liceo, el Banco de la República, el club social, el depósito de agua, etc., etc. Todo con el mismo corte, la misma línea, es decir, la falta de línea que armonice con el paisaje. Como si los habitantes fueran aves migratorias. Pero como ineludiblemente allí han de quedar, se observa una contradicción entre la continuidad del ser pegado a su tierra y la improvisación de la obra del hombre sobre la misma tierra. Para que nada discrepe en esta aparente armonía de valoración espiritual de las ciudades del interior, al entrar en un café vemos dos billares en actividad de bolas y en las veinte o treinta mesas, hombres jugando al naípe. Como en todas las ciudades del interior. Nos acordamos de aquellas palabras de Schopenhauer: "Una vez se juntaron dos tontos y como no sabían qué hacer inventaron el juego de cartas."

Hemos leído los "Antecedentes relativos a la fundación del pueblo de Lascano en

23 de diciembre del año 1875". Tres Islas, como se llamaba entonces esta comarca, era soledad en la llanura. En ella hombres solitarios. Don Francisco Lascano, don Francisco Fernández. El primero con pocas letras, el segundo analfabeto. Había que poblar la soledad. Don Francisco Lascano, por sí mismo y en representación del iletrado (no inculto, como decía Unamuno), eleva instancia para la fundación de un pueblo. Llegan los agrimensores y dan "una vista de ojo", como dice el texto, para ver la mejor ubicación del nuevo pueblo. El Sr. Lascano cede al gobierno los predios necesarios para escuela, policía, municipio, plaza, iglesia y cementerio.

Y oímos el ronroneo mercachifle: "Si, dieron eso y mucho más, pero iban a su negocio. Buscaban aumentar el valor de sus tierras con la fundación del pueblo, y patatín y patatán". Y el pensamiento se nos puebla de malas palabras, como para decirles a los que así juzgan: "¡Cállense, babosos! Aquellos hombres, apenas letrado el uno, iletrado el otro, tenían un sentido funcional, misional, fundacional, social de la riqueza. Por eso de ellos queda un nombre y un pueblo. ¿Que quedará de vosotros? ¿Qué habéis dado para incrementar el valor de las tierras y de los hombres? ¡Cállense, babosos!". Claro que esto no lo dije. La educación me está civilizando... o enton-  
teciendo, como quiera el lector. ¿No será



En el camino de Castillos a Lascano, en la villa de Velázquez, se levanta esta magnífica escuela, orgullo de la edificación escolar, si no hubiera tantas escuelas en ranchos que se derrumban.



Frente del Liceo de Lascano, centro de nueva inquietud espiritual que se irradia a la soledad del paisaje.



Conjunto de profesores y alumnos del Liceo de Lascano, futura cosecha de inquietudes para el resurgimiento del país.

conveniente recordar el gesto fundacional de aquellos hombres, en estos tiempos en que estancieros con más de diez mil hectáreas niegan tres o cuatro hectáreas para la fundación de una escuela? Tienen la palabra los inspectores de Primera Enseñanza para testimoniar los hechos.

Y así fue como aparecieron las setenta cuadras que dieron lugar al nuevo pueblo, Lascano, medidas para darle "la figura más regular posible". La plaza, que es aire, luz y centro corral. Y a su alrededor las calles van proyectándose en aire, luz y cordialidad. Pueblo con fisonomía, con carácter, no obstante las adefesiosas construcciones de un pretendido modernismo, descastado modernismo. La solicitud de 1875 se hizo realidad urbana, al grado de que en 1908 Lascano es declarada Villa. Un nuevo punto de referencia civil, de ciudadanía, en la vastedad de la llanura. Algo así como un respiro para el hombre cansado de horizonte vacío de humanidad. La tierra ya no era sólo tierra; era conciencia colectiva vinculada a una conciencia nacional. Lo que había sido estancia aglutinadora del dispersionismo gauchesco, potrero, palenque del hombre aislado, aquí,

ría carácter de convivencia. En realidad, se incrementó el valor de la tierra, de las cosas y del hombre. Pero no sólo en el aspecto material del intercambio, sino en el moral de las representaciones. Y el hombre comenzaba, al fin, a tomar posesión de la tierra y dejaba de ser su prisionero.

Situamos a Lascano en el mapa y vemos que se halla, en números redondos, a cien kilómetros de Castillos, otros cien de Rocha, cien más de Treinta y Tres, otros tantos de La Charqueada y los mismos de Aiguá. Los kilómetros más o menos de inexactitud en esta valoración de distancias, no borran el hecho de que Lascano se halla en el centro de una gran soledad cuyos radios, en busca de contacto urbano, vienen a medir unos cien kilómetros. Su fundación no obedecía a sentido estratégico, sino de vocación, de imperativo misional, para poblar de hombres lo que antes era patrimonio del sol, de las lluvias, de las heladas, del paso de las diligencias. Y hoy, a ochenta años de su fundación, Lascano nos sorprende con algo de esa soledad que necesita poblarse. Ella misma, sola en la llanura, afirma su voluntad de supervivencia

pobladora, virtud de los espíritus forjados en la soledad.

Aquí, el aire que se respira, y el sol que nos entibia, y la palabra criolla de los pobladores, parece brotar del íntimo monólogo de los elementos y de los hombres. Nosotros la paladeamos con aquel título de O'Neill: "Ah, Wilderness". ¡Ah, soledad!, desierto, páramo... la mar, la mar de la llanura para los remos de la voluntad del hombre que puebla, que sueña, que maldice bajo el azul que se trueca en rayo y trueno. De este coloquio del hombre con la soledad de su tierra, saldrán los verdaderos pioneros forjadores de patria; lo demás... está de más.

Y ya de vuelta. Recorremos el radio solitario de cien kilómetros que une Lascano a Castillos. Primero la gran llanura. Campos cultivados, y por eso más notoria la ausencia del hombre. El sol nos hiere desde su ocaso bañando de oro el gris de las perspectivas. La llanura vasta nos invita al silencio. ¿Qué palabras podrían llenar este enorme vacío de un cielo que cae en semicírculo completo sobre el plano terrestre? Lo mejor es callar, para que el vacío cósmico no se perturbe con la va-

riedad de las palabras. Dejamos luego la ruta de Rocha y nos deslizamos por el camino que, cruzando Velázquez, nos conducirá a Castillos. Ahora es un paisaje quebrado, de cuchillas que se suceden abriendo la incógnita de lo inesperado en los recodos del camino. De pronto, la laguna y el mar aparecen nítidos de azul intenso. Las palmeras muestran definidas en su gris verde terroso. El sol va dando sus últimas llamaradas, asfixiándose en la hondura del paisaje.

¡Ah, Soledad! Soledad fructidora de estos pueblos de la campaña uruguaya, tan criollos, tan humanos, tan fuertes en la rudeza de sus habitantes y tan suaves en la confusión de sus almas por el trato con la suavidad de la tierra que los condiciona. En ellos el hombre puede encontrarse a sí mismo, monologar a solas, para hacer realidad de vida aquel verso de Antonio Machado que dice:

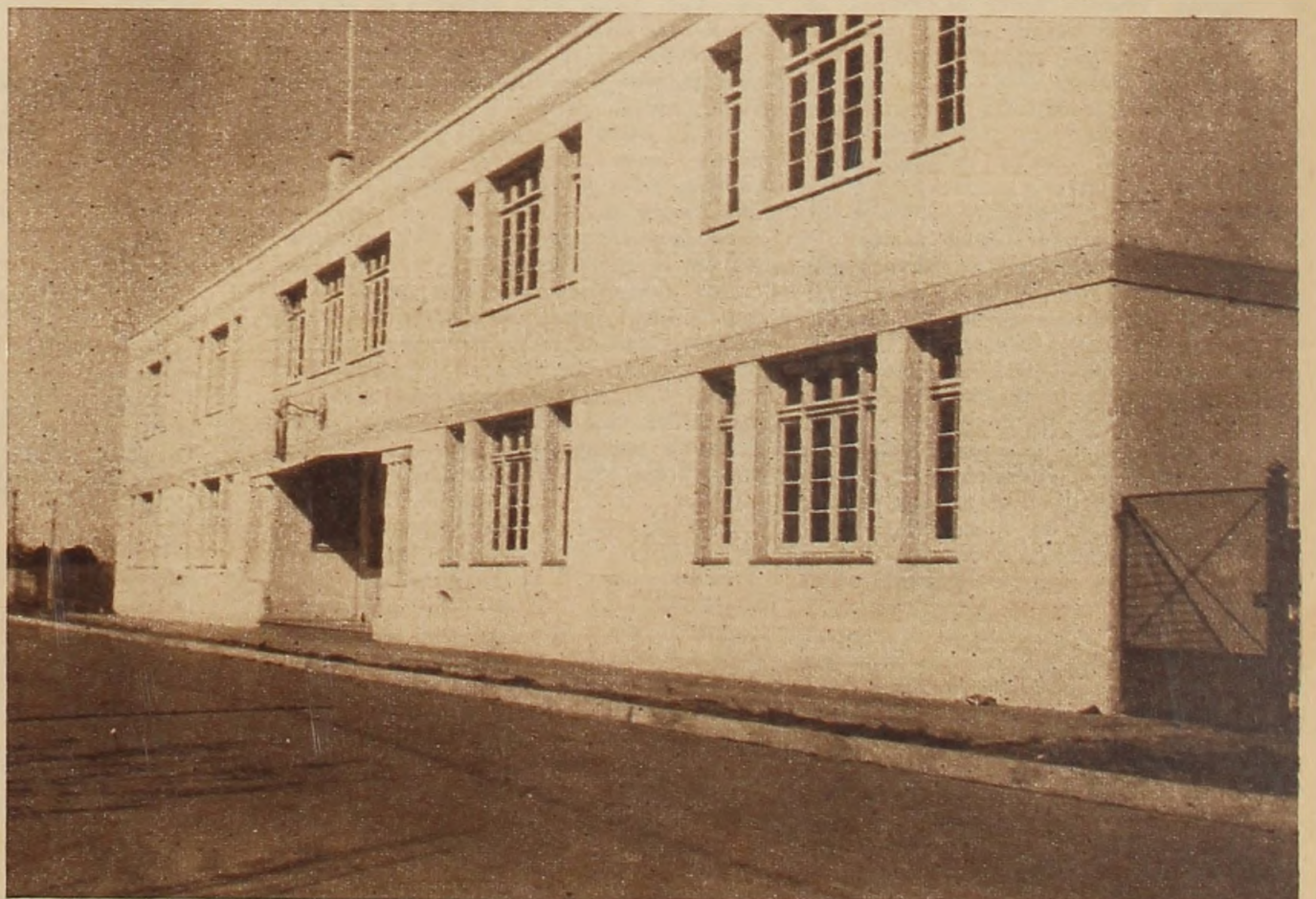
"Quien habla solo, espera hablar a dios un día".

F. FERRANDIZ ALBORZ.

Castillos, 1955. — (Especial para EL DÍA).



Una de las capillas que en Uruguay conservan aún línea de paisaje y estilo de humildad cristiana, es esta de Lascano que muestra el grabado.



Escuela pública, uno de los edificios de más relieve en el centro urbano.



Casa de Landaveri en la que se alojó Bolívar durante su permanencia en La Paz.

## LA CASA DONDE SE ALOJO BOLIVAR

**A**L descender por la calle Colón a una cuadra escasa del vetusto templo de la Merced vemos en el frotis de cierta casa colonial una placa de bronce en la que se lee "En esta casa vivió Bolívar. — 18 de agosto de 1825. — Prefectura del Departamento de La Paz. — Homenaje de la Sociedad Bolivariana. — La Paz, agosto de 1955". Pensamos que este viejo inmueble, hoy deteriorado y casi en ruinas, fue ciento treinta años atrás, la residencia donde el Libertador, atento a las sugerencias del Gran Mariscal de Ayacucho, decidió hacer del Alto Perú la República de Bolívar.

Consolidada la independencia política del Bajo Perú, Bolívar a la cabeza del ejército vencedor en cien combates, se puso en marcha sobre el Alto Perú. En todas las ciudades, villas y villorrios los esclavos de la víspera colmaron de agasajos a sus libertadores. "En Pucara — refiere Bolívar — al entrar al poblado, el abogado José Domingo Choquehuanca me dirigió las siguientes palabras: "Quiso dios de salvajes formar un gran imperio y creó a Manco Capac; pecó su raza, y mandó a Pizarro. Después de tres siglos de expiación ha tenido piedad de la América, y os ha creado a vos. Sois, pues, el hombre de un destino providencial; nada de lo hecho atrás se parece a lo que habéis hecho, y para que alguno pueda imitaros será preciso que haya un nuevo mundo por librar. Habéis fundado repúblicas, que en el inmenso desarrollo a que están llamadas, elevarán vuestro nombre, donde ninguno ha llegado. Vuestra fama aumentará así como aumehta el tiempo en el transcurso de los siglos, y así como crece la sombra cuando el sol declina".

En el trayecto de Pucara a Laja, en plena altiplanicie andina, criollos e indios, que los hay por millares, acuden presurosos a rendir pleitesía a Bolívar y a sus aguerridas tropas. "En Laja — dice el Libertador — encontramos jefes militares y empleados y el Cabildo eclesiástico y grupos de indígenas que danzaban demostrando alegría. La Municipalidad me aguardó en el Alto, y allí me presentó un hermoso caballo cuyo aderezo tachonado con piezas de oro aumentaba su bazarria. Bajábamos a La Paz y volaron las campanas y el cañón las acompañab. Cuando llegué a la entrada principal el Presidente del Departamento a nombre del pueblo, me entregó la llave de oro de la ciudad. Las calles por donde pasé estaban adornadas con todo lo grande, con todo lo hermoso y con todo lo rico que poseía el vecindario. Arcos triunfales levantados a cortas distancias, presentaban la plata y la púrpura reunidos; las jóvenes espectadoras derramando esencias y flores perfumaban toda la carrera. Luego de llegar al Palacio, pasé a la Catedral en donde celebró un Tédum. De regreso a Palacio, un sacerdote me coronó con un laurel de oro tachonado de brillantes y en seguida, desprendiéndolo de mis sienes orné las de Sucre. Después hubo la visita oficial de los militares y el Gran Mariscal de Ayacucho me saludó a nombre de todos".

Tal cual afirma Bolívar, el 18 de agosto de 1825, el pueblo de La Paz recibió albo-

rozado a su Libertador, de cuyas proezas tenía sólo referencias muy escasas. Desde El Alto de La Paz hasta el Palacio de Gobierno, en una extensión de tres kilómetros, había profusión de arcos triunfales, rebosantes de banderas, tejidos bordados, objetos de plata y filigrana, espadas y fusiles, ramas frescas cuajadas de flores naturales, papel picado y cadenillas multicolores. De los balcones, colmados de señoras y señoritas, caía una constante lluvia de flores y aguas perfumadas. Los vivas a la libertad y a los libertadores llenaban los aires y el eco los repetía hasta el infinito y, el pueblo jadeante de entusiasmo no se cansaba de ver y admirar a Bolívar y a los Generales Antonio José de Sucre y José Miguel García Lanza que precedían la procesión cívica.

En la calle Ancha — hoy América — sobre el puente de Coscochaca lucía sus galas una monumental puerta, junto a la cual encontrábase la heroína Vicenta Juaristi Eguino acompañada de hermosas niñas de la sociedad paceña. Antes de que Bolívar intentara abrir la puerta simbólica, la señora Juaristi Eguino se adelanta entre la multitud, abraza al Libertador con palabras emotivas y pone en sus manos la llave de la ciudad. Traspuesto el umbral, Bolívar hace girar a su caballo y obsequia la llave de oro al Vicario General del Ejército Libertador Presbítero Pedro Antonio Torres. Esta histórica llave de oro de dieciocho kilos, de veinte centímetros de largo y con un peso de 284,8 gramos, fue donada por el Vicario Torres a la Municipalidad de Popayán, donde se la conserva en una preciosa caja en cuya tapa hay esta inscripción: "Glorioso recuerdo del Libertador Simón Bolívar y del Ilustrísimo señor doctor Pedro Antonio Torres".

En la plaza principal, en formación correcta forman varios regimientos en los que revistan oficiales y soldados que han venido desde el Orinoco peleando por la independencia de un mundo. Bolívar, al verles, les saluda y les dice: "¡Soldados! Concluida como está la memorable jornada que nos trajo hasta los pies de aquel coloso (señalando al Illimani), que en este momento os contempla con orgullo, constituiremos estas provincias libertadas y las dejaremos en posesión de sus derechos políticos y sociales, para que sean tan felices y libres, cual es la aspiración del Ejército Libertador y de vuestro General".

Del Palacio de Gobierno donde se apeara el Héroe, es conducido a la Catedral al Tédum que oficiara la curia eclesiástica. Concluido este acto religioso, Bolívar y su comitiva retornan a la Casa de Gobierno, y es aquí en que un sacerdote coloca en la cabeza del Libertador una guirnalda de oro, expresándole "que el pueblo de La Paz se apresura a rendirle este homenaje, como anticipo de la corona de gloria con que le ceñiría la posteridad". Bolívar con extrema naturalidad se quita la guirnalda y orna con ellas las sienes de Sucre, pronunciando estas palabras: "No es a mí a quien es debida la corona de la victoria, sino al General que dio libertad al Perú en el campo de Ayacucho". Rasgo de tanto desprendimiento electriza a la muchedumbre, que prorrumpe en sonoros e intermi-

nables vitores, que se confunden con el trinar de los cañones y el alegre repicar de las campanas. Los jefes y oficiales del Ejército Libertador presentes en la sala, saludan a Bolívar y es Sucre, por su alto rango, quien, dirigiéndose al ilustre huésped dice: "Entre las posibilidades humanas no podía contarse un suceso tan completo y raro como nuestro último triunfo, sino lo hubiese precedido un genio superior e inmortal. En nuestros conflictos en el campo de batalla, cuando iba a librarse la suerte de una nación entera, a la lucha más desigual, yo ocurri al nombre de Bolívar, para asegurar el resultado". Y concluye así: "No seré capaz de llenar la misión con que me honran mis compañeros para felicitar a V. E., porque no puedo expresar bastante el sentimiento de una

gratitud; pero sí, podré asegurar, sinceramente, que nuestra vida será siempre un cordial homenaje de amor y respeto a Bolívar, porque Bolívar es el amigo de los hombres, el ángel de la libertad".

Es imposible que las estrechas calles de La Paz puedan dar cabida a ese inmenso mar humano que se arremolina para seguir los pasos del Libertador. Terminados los actos oficiales, Bolívar es llevado en hombros al alojamiento que se le había preparado en la casa llamada de Landaveri, en la que permanece un mes y dos días, entregado a recibir delegaciones, dictar decretos y una nutrida correspondencia a los gobernantes de Colombia, Perú y Quito.

Al recordar su estadía en la ciudad de Illimani, Bolívar dice: "En La Paz, fui recibido, como era natural, con mil demostraciones de bondad y de agradecimiento, el orador de la fiesta de aquellos días, me quiso hacer monarca, con no poca sagacidad y genio; el día siguiente a mi llegada, recibí un Acta de la Asamblea del Alto Perú, que se declara independiente y toma el nombre de Bolívar, y con el de Sucre la capital; una recompensa de un millón de pesos para el Ejército; el día de Junín se declara independiente la Nación y por eso agregué en la carta para Santander: ¡Qué hermoso nacimiento entre Junín y Boyacá! Parece engendrado este Estado por el matrimonio de estas dos repúblicas. Usted debe imaginar si yo debo defender este hijo precioso de mi gloria y de Colombia".

A la sazón, en 1825, Bolívar cuenta cuarenta y dos años de edad. Terminada la gloriosa campaña de quince largos años, abandona Lima y, escuchando el llamado de Sucre ingresa al Alto Perú y fija su residencia en La Paz por muy breve tiempo. Luego viaja a Potosí, y en la cumbre del Cerro Rico, en presencia de una delegación porteña, hace flamear las banderas de Colombia, Perú, Chile y del Río de la Plata. De Potosí va a Chuquisaca, ciudad donde después de recibir el homenaje del pueblo, se dedica con ahínco a organizar la República juntamente con Sucre y la patriótica colaboración del Parlamento y de los hombres de buena voluntad.

Mas, lo encomiable, sería que la casa donde había alojado el Libertador Simón Bolívar el año de 1825, fuera restaurada y en ella pudiera la autoridad prefectural o la Sociedad Bolivariana de La Paz, organizar un museo, sino igual, por lo menos parecido a los que ya hay en Bogotá, Caracas, Lima y Quito.

Luis TERAN GOMEZ.

(Especial para EL DIA).

La Paz, Bolivia.



Interior de la casa en que se alojó Bolívar.



Indios colorados

## JIBAROS Y COLORADOS

ES verdad que la obra de las misiones y el natural impulso de aires civilizados que han de penetrar, aun cuando sea como filtrados, por los más inhóspitos lugares, o, en nuestro caso, a través de las más espesas cerrazones selváticas, van, en cada día, reduciendo la salvaje condición de aborígenes ecuatorianos, aun cuando no sea posible despojarlos por entero de la superstición y del secreto, y existan ignorados reductos en los cuales el indio se atrincheira en su fiera, y si fuerte para vencer a las acechanzas del puma y de mayor agilidad que la serpiente que se enroscas en los árboles con mimetismos vegetales, afila, para el blanco, sus dardos venenosos, ya desde soterradas guaridas o desde inverosímiles atalayas construidos con bejucos entre los más altos troncos de la selva.

Hacia las primeras orillas del Napo, en el Oriente ecuatoriano, existe ya más que una población que pudiera decirse sumisa, una parcialidad de jíbaros de costumbres y maneras dulcificadas por el trato de los misioneros y el frecuente contacto con los colonos, y hasta en trance de llegar al conocimiento del alfabeto.

De estos indígenas se ha referido que hasta suelen huir de sus congéneres rehacios, los "aucas" o "aushiris", quienes se defienden, río adentro, mediante espesos cortinajes de floresta, por más que "su régimen de vida azarosa y nómada esté de terminando una considerable reducción de esa tribu".

La disposición de los vestidos de los moradores del Napo, ya sin el primitivo atuendo y sujeta a mejores condiciones de abrigo y compostura, revela, con solo la elocuencia gráfica de la estampa, su adopción de nuevas formas de existencia. En sus rostros queda solo breve pintarrajeo, como memoria de sus orígenes o creencias, como perduración de dibujos faciales que aquellos estimaban como realce de la silvestre hermosura.

Así la indumentaria de los indígenas del Napo que van acercándose a la vida de las ciudades, establece contraste con la figura auténtica del jíbaro que un conocedor de presencia describe así: "Es, por lo general de formas bien hechas. Lleva su cabeza siempre erguida. Su estatura es mediana. La cara está pintada con negro y rojo. Caprichosos dibujos con rayas y puntos adornan la cara del jíbaro; sus orejas están atravesadas por gruesos zarcillos en la parte del lóbulo. Cíne su cuello una gargantilla de pintados mullos, pues el jíbaro es cuidadoso de su adorno personal. La mayor parte del tiempo, cuando está en su casa, emplea en acicalarse. El amor, principal preocupación del jíbaro, le impone esta atención. Su pecho va al desnudo. Solamente de la cintura a las rodillas se cubre con el itipe, una tela de algodón con la que se envuelve. En las muñecas porta brazaletes de piel de culebra o de una cinta tejida con hilos de colores. Siempre lleva consigo un arma: carabina, escopeta o lanza con punta de acero, o por lo

menos la original cervatana que llaman "pucuna", que es un tubo de chonta de dos metros y medio de largo, con un diámetro interior de más o menos un centímetro. En una extremidad lleva un tubo de hueso que es la parte por la que se sopla para impulsar el pequeño dardo o lancetín cilíndrico de madera, de unos veinte centímetros de largo, fino y agudo como una aguja, en cuyo extremo lleva el temible veneno "ticuna" con que mata a la víctima, sea humana o una pieza de caza. Al otro extremo del lancetín se coloca enrollada una mota de lana de ceibo, que sirve para dar mayor fuerza al aire impulsado por la boca cuando se le dispara".

Aminora la propensión guerrera en estos indios del Napo que ya suelen cubrir sus carnes aun cuando sea con someras telas, a diferencia de las del Pastaza, que viajan y duermen y pelean a torso descubierto, o llevan, apenas, sobre los hombros, un trapo desigual y sujetan su carabina, recortada hacia los pómulos, con un hilo de cabuya, para que el viento no la disperse.

Ni recuerdan, por lo que dicen los viajeros enterados, de sus largas fiestas en torno de la cabeza reducida y que es la piel que se desprende del cráneo con habilísimos cortes y sujeta a conocimientos de gran fuego, y moldeada, después, en varias piedras, de la más grande a la más pequeña, conservando la proporción de las facciones, en una curiosa y en otras par-

tes del mundo no conocida escultura, que miniaturiza la propia piel, para la victoria de haber dominado alguna invencible cabeza o la de un enemigo mortal, atravesando entre sus labios astillas de chonta, el duro palo de Oriente, por si pudiera "hablar el espíritu del difunto para pedir venganza a los suyos".

En tratándose de los indios colorados, buenos y simpáticos, si selváticos y algunos poseídos de una timidez casi infantil, difieren completamente de los jíbaros y salvajes, y su extinción se anuncia, por su designio, sobre todo, de no admitir mezclas raciales, de conservar su pureza "colorada", hasta sin las uniones consanguíneas.

En las selvas del Santo Domingo de los Colorados, entre las provincias de Pichincha y Esmeraldas, viven estos indios de cuyo antecedente cayapa se ha tratado con alguna reserva, y acerca de cuyas características originales están de acuerdo todos los estudiosos de la etnografía.

Sin ser el "colorado", propiamente, un ser que viaja a la civilización, es manso y laborioso, pulcro y alegre, sin fulgor de desconfianza en los ojos y con una sonrisa en los labios que en veces se afea por la dentadura de color negro, conseguida por la masticación de vegetales para la dureza e incorruptibilidad de sus dientes.

El Dr. Antonio Santiana que es el verdadero biógrafo de los colorados, observa que se pintan el cuerpo con achiote, sustancia rójiza, que les da tal tonalidad de la que viene su nombre. Utilizando pincel de plumas, dibujan en sus rostros caprichosos arabescos, con el negro de "huíto", savia de un árbol gigantesco que mantiene los dibujos por varios días sin irritar

la piel, o cubren su faz "con una verdadera red de puntitos negros que visto a la distancia dan la impresión de que el indígena lleva un velo".

"El vestido de hombres y mujeres se reduce apenas a una manta de algodón tejida por las mujeres, con franjas horizontales, generalmente negras y blancas, que se envuelven desde la cintura hasta las rodillas —las mujeres las llevan un poco más largas— y un manto de lienzo rojo al hombro que les sirve para cubrirse cuando llueve".

Elementalísimo traje, si vale que así se llame, que deja siempre, como en casi todos estos individuos del trópico selvático, al aire libre las extremidades y los medios, pero en las mujeres, recargado adorno de collares de infinitas cuentas, y con espacio para las monedas y las medallas, mientras los hombres, según la edad y el rango, sujetan sus muñecas con pulseras de metal o llevan, atado a la cintura, un pequeño espejo que parece constituir su mayor encanto.

Pero el distintivo del colorado, es su original sombrero, hecho de sus propios cabellos, que se recortan en forma concéntrica, dejándose un cerquillo a modo de visera, para endurecerse después con vegetales gomas y pintarse con el achiote, de modo que se convierta en un casco duro sobre el cual resbala el agua y el sol no penetra con sus rayos.

Sirveles el espejo para mirar en su mínima y luminosa superficie, no solamente sus rostros, sino de modo especial para la transeunte imagen de los paisajes. Así cuando el colorado divisa al avión que surca las nubes, quiere reflejarlo en esa luna que lleva consigo, buscándolo con anheloso movimiento que desea acertar con el paso de las alas de platino, para sonreír de verlas como van tan alto, y pueden, sin embargo, retratarse en un segundo sobre el vidrio que reposa en su mano.

Augusto ARIAS

Especial para EL DIA.



Jíbaro del Pastaza.



Indígenas del río Napo.

**C**UANDO, con motivo de la segunda Bienal de Arte Moderno, a principios del año pasado, volvimos a San Pablo, después de un prolongado lapso de alejamiento, la transformación de la ciudad fue lógico motivo de asombro. Pero tenía que serlo más ahora, al cabo de pocos meses; porque el recuerdo no traiciona y la propaganda no se impone a las cosas. Los paulistas tienen el orgullo de habitar la urbe que más rápidamente crece en el mundo; pero esto es fácil de comprobar para el extranjero en cuanto se tome la mínima molestia de comprobar los resultados del trabajo hecho, en plazos breves o, simplemente, relacione los hitos del cambio que parecen mantenerse con esa finalidad. En cualquiera parte, así sea el centro comercial de más intensa actividad, al lado de los grandes rascacielos que parecen recién terminados, está el viejo núcleo de galpones de deshecho, la modesta casa de techo de teja o el baldío en aprontes para la construcción inmediata. No ha sido posible o, simplemente no entró dentro del plan de realizaciones, la transformación de lo anacrónico en la mole edilicia; pero lo evidente es que, en tanto que queda presente ese desnivel flagrante, está destacándose por comparación inevitable, el salto atrevido que en ese campo viene dándose. Podrá ser, también, testimonio de los altibajos económicos, incluso puede admitirse esa fatigante gigantomaquia, como resultado previsible de la inflación y del deseo de los capitalistas de hacer inversiones seguras frente al temor de una crisis económica; pero todo ello va dando el perfil señalado a San Pablo. Y la falta de armonía que puede advertirse es, también, concreción física del proceso de transformación y de la agitada inquietud que lo promueve.

La impresión se repite ahora. Nuevamente las cosas han cambiado: los edificios que estaban levantándose se hallan habitados; y otros que no se presumían están ya en terminaciones. La preocupación de engrandecimiento no decrece y la ciudad misma se mantiene en el ritmo insólito que la particulariza: tránsito vivaz y chirriante de coches americanos; multitud de comercios; un mundo que continuamente llena las aceras y las plazas de gente que va y viene, que trafica, que trabaja, que se sienta en los bancos de los lugares públicos, por horas, que se detiene a contemplar los papagayos de la Plaza de la República o que hace colas interminables en las puertas de los cines, desde las horas de la mañana; y una densa cintura de las plantas industriales más dispares.

El viaje desde Montevideo, en un avión de las líneas uruguayas había sido excelente. No teníamos, lógicamente, al desembarcar en San Pablo, la inquietud por ver que generalmente anima cuando se llega a una ciudad desconocida; por otra parte, el tiempo —ventoso, húmedo, gris— no era invitante; además, fue día de fiesta, lo que siempre conspira en contra del atractivo posible de un lugar. Pero estábamos descansados y dispuestos a afinar la atención. Además teníamos la seguridad de que iba-



Un ejemplo claro de la febril actividad urbana.

## REENCUENTRO

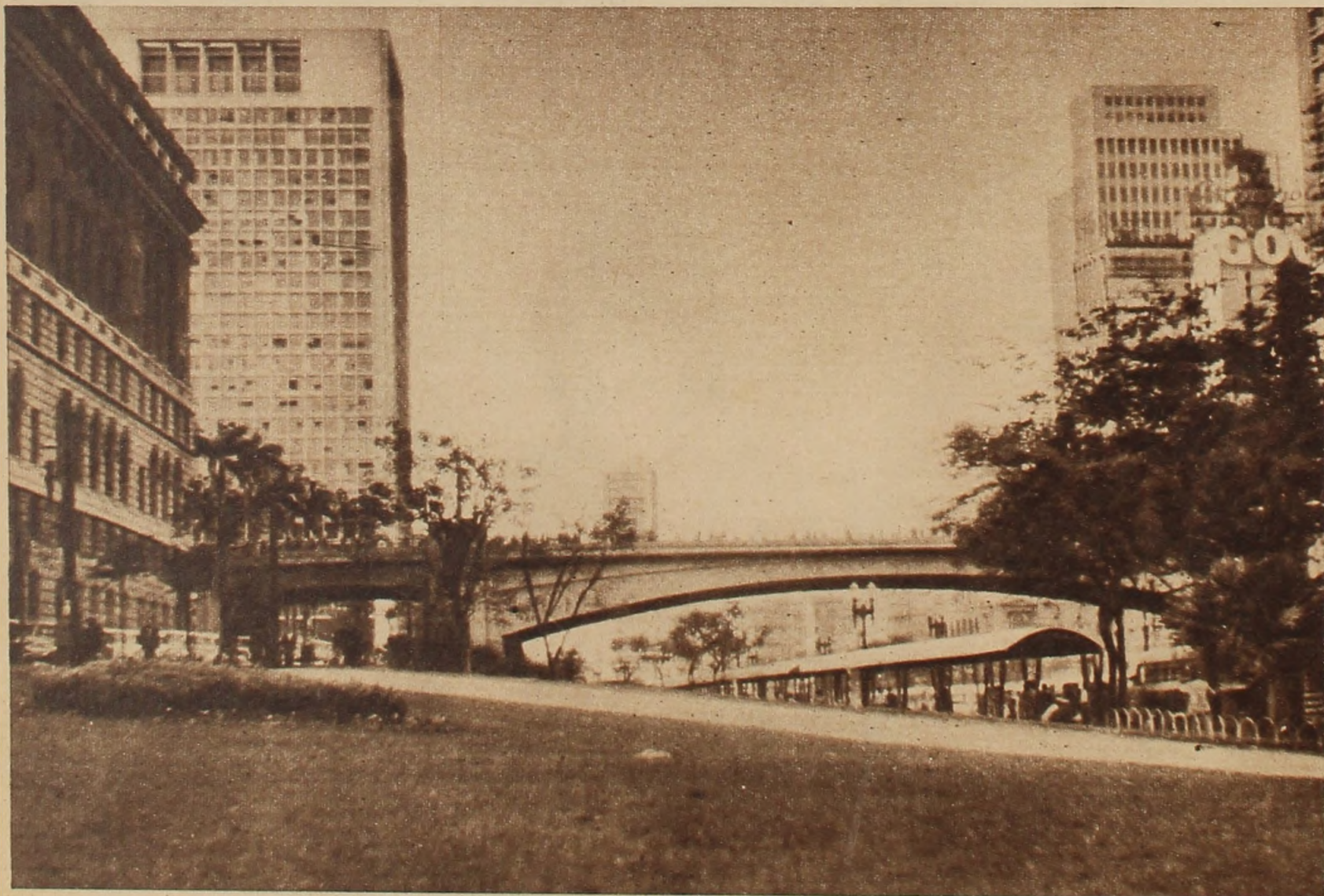
flicto que impidió seguir el ritmo previsto. No había por qué considerarlo hazaña; aquello, en realidad, era una tacha.

La magnificación también conduce a la falla escalar. El ejemplo típico de esa concepción en gran tamaño, que sólo tiene en cuenta las dimensiones y que seguramente procura la expectación más que la eficiencia, es el Parque Ibirapuera.

La primera observación justa que conocemos, acerca de su errado planeamiento, se debe al arquitecto Max Bill. "Esta obra no fue pensada para hombres, sino para bicicletas".

Se trataba de un Parque que debía contener, en su momento, la Gran Exposición del IV Centenario; pero que, con muy buen sentido, había de mantenerse como espacio libre de la ciudad, y sus edificios adaptarse fácilmente como museos y salas de exhibiciones técnicas y artísticas.

temporarias y permanentes. Es, actualmente, el gran parque de la ciudad grande. Previsto para una etapa de la vida de San Pablo que debía exaltar su condición urbana y un cumpleaños del que podían, todos, sentirse orgullosos, hubo de plantearse en la escala que correspondía a la población que se esperaba para él y con el sentido de grandeza que respondiera al enfoque magnificado que del presente y del futuro de San Pablo se tiene y hay satisfacción en ponderar. El predio era grande; el acontecimiento, no menos; la intención mayor. Ciertamente estaba —y está— alejado del centro-ciudadano y la locomoción hasta allí era —y sigue siendo— bastante dificultosa. Además se trataba de terrenos bajos, pantanosos y malsanos. Estas circunstancias, destacadas, permitieron una aguda crítica por parte de los opositores a la idea de su realización, que los hubo por centenares y armaron un batiburrillo —por prensa y televisión— bastante pronunciado. Pero las razones no eran válidas; porque el Parque estaba programado en proyección de futuro y su posición ladera debe admitirse como transitoria. Además, el hecho de ubicarse en zona de marjales, permitió la desecación —y recuperación— de gran parte del terreno y la formación de lagos artificiales de buen uso; ciertamente no se eliminaron los mosquitos; pero San Pablo cuenta con tierra nueva y extensa que puede edificarse en horizontal. La fa-



La perspectiva clásica de San Pablo: el viaducto do Chá.



Algunos estudiantes del Instituto de Profesores en un momento de descanso del viaje de...



El contraste edilicio en pleno centro de San Pablo.

## EN SAN PABLO

por otra parte; y no era fácil que los enemigos de la idea que, por esas, padecían también de colosalidad en las dimensiones de los locales y de los espacios libres. Max, en plena razón cuando afirmó que no había sido pensado a la escala humana; pero se quedó corto cuando dijo que el punto de referencia era la.

Indudablemente, cada una de las cosas realizadas es hermosa; y si los caprichos constructivos en los traslados, vayan ellos a cuenta del estivo que anima al conjunto; la general de la composición también en el plano. Lo que ocurre es que dentro van hombres. Y que, aunque piensa en multitudes, éstas se ven, en lo que a cansancio físico se refiere, individualidades. No está mal la unión del predio que corresponde a la cuidadosa programación arquitectónica. El error está en la disproporción general, en el gigantismo impuesto.

Si tuvimos oportunidad de asistir a la exposición CONSTRUCTA de Hamburgo — Alemania — que comentamos en las mismas páginas — tenemos que decir, impositivamente la comparación. Allí se desarrollaba en extensión; pero había una rica variedad de espacios cubiertos y descubiertos;

de soluciones estructurales, de organizaciones expositivas. Y había, también, una muy ágil variedad de destinos de los locales y de los jardines. Allí se habían organizado con criterio humano todos los aspectos posibles del deambular y todos los caminos de la observación. Había que ir varias veces para ponerse en contacto con el conjunto; y muchas más para profundizar o sólo para alcanzar el sentido de la exposición; pero podían pasarse horas allí dentro sin que agobiaran las magnitudes ni pesara la distribución ordenada de las muestras.

En Ibirapuera los edificios se muestran espectacularmente y un extenso pasaje techado de forma libre e indudablemente simpática aparenta darles una relación vital. Pero pongámonos a caminar. Y pensemos en el individuo del pueblo, para el que fue hecho, que para el que lo visita en coche,

la cosa es distinta. De la parada del ómnibus hay varios cientos de metros hasta el acceso al primer pabellón — en cercanía a esa puerta —; el clima de San Pablo es, conviene repetirlo, tan caprichoso como agresivo. Y si quiere visitarse la exposición que está en él, ello exige otro desplazamiento que suma kilómetros; pero como kilómetros son los que separan algunos pabellones de otros, prácticamente resulta inevitable que el cansancio físico anule la posibilidad de ver por más curiosidad que acucie al visitante.

Aun cuando interese — y no puede menos de interesar — la visita de la exposición de historia que se desarrolla, con muy buen sentido didáctico y clarísimo concepto museográfico, en la llamada "Tortuga" (una gran cúpula rebajada), se llega al final de la misma en un estado físico deplorable. Interviene, para ello, el desarrollo extenso de la muestra, pero también el clima paulista que actúa particularmente sobre el extranjero que es el que se encuentra, por razones obvias, más urgido en aprovechar el tiempo. Salido que se ha de ella resulta una verdadera hazaña

acometer la empresa, que ya resulta titánica de subir a los pisos altos donde otra exposición no menos importante — la del acervo del Museo de Arte Moderno — espera y conviene ver. Otra vez el trazado discursivo que embreta y obliga a un recorrido cuya longitud se acrece con el tiempo y con la disminución de las fuerzas físicas. Luego, otra distancia respetable hasta el primer bar donde descansar y darse cuenta cabal del grado de cansancio. Grado que aumenta con la perspectiva del obligado desplazamiento — ¿otro kilómetro? — hasta la parada del autobús donde habrá que esperar un cuarto de hora o veinte minutos, sin más posible asiento que el bordillo de una acera de tierra roja y sin resguardo para los chubascos que corrientemente acosan. El recorrido al centro será, normalmente, de pie. Y habrá que ser un héroe para volver al Parque Ibirapuera.

El Parque está — y es lógico — vacío. No es que resulten poco atractivos los juegos mecánicos o las exposiciones que contiene. Es que su organización atenta contra el individuo. Y, entonces, cuando esa inmensidad especial tiene, en horas tempranas, una docena de interesados, la cosa aparece todavía más grande y más desolada; más inhóspita e imposible.

Lo grave del caso es que en el Parque Ibirapuera hay algunas exposiciones que resulta inevitable conocer; y conocer bien: baste recordar que, aparte de las organizadas en la Tortuga, de la industrial y de la del Folklore brasileño — que tiene una documentación despampanante — está la Bienal de Arte Moderno. Esta, por su parte, mantiene algunas de las virtudes que, como organización museográfica, ya estaban presentes en la anterior y que, actualmente son más destacables: primero, las sillas volantes; esos asientos que el público puede llevar de un lado para otro, a fin de ver mejor y cumplir las estancias de observación que se requieran; el procedimiento ha sido establecido desde hace años en algunos museos holandeses y positivamente deberán imponerse en toda gran muestra artística. Segundo, la inclusión de bar y cafetería en el mismo local de la exposición; los principales museos londinenses son los que incluyeron este servicio en el programa general de sus funciones y han demostrado, largamente, su viabilidad y su conveniencia que la Bienal ratifica.

Aparte de las virtudes de esas exposiciones, el Parque Ibirapuera tiene la otra, tan importante de dar el índice del sentido de desarrollo paulista. Y no es éste, cosa simple de discusión ya que anima un criterio de extensión urbana que, con otros impulsos, anima a otras ciudades modernas. Y este es el punto en que el ejemplo, anima a pensar.

Fernando GARCIA ESTEBAN.

Especial para EL DIA.

(Fotos de Mario Galup).



"Paisajes", de Montevideo, en un ensayo realizado a San Pablo.



Una vía de tránsito peatonal.

# BELLINI y su misterioso fin

En Catania, la pintoresca ciudad siciliana, nace en los primeros días de noviembre de 1802, el más joven de los reyes del "Bel canto": Vicente Bellini.

Como la Italia meridional que lo vio nacer es dulce y apacible, hermoso y melancólico como sus crepúsculos. Su encantadora y atractiva personalidad conquista al mundo y le abre las puertas de la gloria. Rulio y espigado como el trigo, de profunda y triste mirada es comparado por su elegancia y ternura a Chopin.

Siendo como es hombre de mundo parece más bien una figura aureolada salida de una paleta renacentista. Hijo mimado de la fortuna, es sencillo y modesto al tener en los umbrales de la juventud todos los halagos y homenajes que puedan anhelarse.

En 1819 obtiene una beca para estudiar en el Conservatorio de Nápoles. Este es el primer contacto con el mundo en que ha de desenvolverse su corta y azarosa existencia. Al poco tiempo se ve claramente que su verdadera vocación está en el drama y en la música para teatro.

Conoce en Nápoles al poeta Felice Romani, ambos se compenetraron y complementan admirablemente y será desde entonces el libretista de casi todas sus obras. Y así, en esta perfecta unión llegan al año 1831 en que son estrenadas sus dos obras cumbres: "La Sonámbula" y "Norma".

Apacible y tierno, de suavidad se puede decir casi femenina, tiene la rara cualidad de tener una dotle personalidad. Al nacer en él la chispa de la inspiración, se transforma como por encantamiento; el hombre modesto se esfuma y surge el creador exhibicionista y fatuo. En esos momentos todas las cuerdas de su alma están en tensión, es un atormentado y un exaltado que sufre y se martiriza a sí mismo, inconcientemente durante la creación, hallando al

mismo tiempo un goce supremo; el propio yo ha muerto, ahora prevalece el espíritu de la obra en cada uno de sus personajes que viven al conjuro de su fuerza creadora.

Busca tanto su propia satisfacción como el éxito del auditorio, gusta de los efectos teatrales y de las reacciones violentas y ostentosas.

Hemos dicho que su figura se parece mucho a Chopin, de quien fue un gran amigo, pero tal vez sea más grande el parecido en lo físico que en lo espiritual. Mientras que el cisne de Polonia nunca perdió la modestia, ni aun en su propia intimidad, vemos que en Bellini no sucede lo mismo. Hay que pensar dos cosas: que aun sin él mismo quererlo, esta doble personalidad saliera a veces a la superficie o que tuvo una fuerza de voluntad y una nobleza de alma muy grandes para ocultar este aspecto de su yo en su actuación como hombre de mundo, dentro de la sociedad en que le tocó vivir. Por otra parte, hubiera sido perfectamente normal que deseando para sus obras el éxito clamoroso de la multitud, no quisiera para su persona algo de ese halo un tanto novelesco y glorioso que hubiera sido un factor muy poderoso para sus éxitos mundanos.

Esta carta suya enviada no sabemos a quien, en que nos cuenta como compone, refleja claramente su temperamento y dice así:

"Puesto que me propongo escribir tales partituras —nunca más de una por año, reúno todos mis esfuerzos. Persuadido como estoy que una gran parte del suceso depende de la elección de un tema interesante, del contraste de las pasiones, de la armonía de los versos y del calor de la expresión no menos que de efectos teatrales, me ha sido preciso ante todo hacer la elección de un escritor experimentado en este género, es por esto que



Vicente Bellini.

"no he preferido a ningún otro sino a Romani, poderoso genio hecho para el drama musical. Terminado su trabajo, estudié atentamente el carácter de los personajes, las pasiones que predominan en ellos, los sentimientos de que son animados. Una vez que he penetrado bien en todo esto, me coloco en el lugar de cada uno de ellos y ya estoy capacitado para sentir y experimentar eficazmente lo que ellos sienten y experimentan... Enfermo en mi cuarto, declamo cada una de las partes del personaje del drama con todo el calor de la pasión; observo el acento y el tono de expresión que la naturaleza da al hombre libre a las pasiones, así encuentro los motivos y los ritmos musicales apropiados para demostrar y transmitir a los demás por medio de la armonía. Lo pongo en el papel, lo ensayo en el piano y cuando siento en mí mismo una emoción correspondiente juzgo que he triunfado. En caso contrario, recomienzo y me remito nuevamente a la obra, hasta dar con el fin buscado".

Se establece en París definitivamente en 1833 y allí goza de gran fama y simpatía. Todos los grandes músicos de esos momentos le profesan una sincera amistad, el joven siciliano tiene el don de hacerse amar por todos.

Aunque desligado de su influencia creadora, lo une a Rossini una cordial y recíproca simpatía.

Luego del estreno de "Los Puritanos" se retiró para componer, a una quinta en Puteaux, muy cercana a París. He aquí el comienzo de la misteriosa tragedia que envió los últimos días de su vida. Era el huésped de Lewys, un semita inglés que lo tuvo secuestrado no se sabe con qué razón y que luego lo abandonó en la hora de su muerte. Siempre que sus amigos, inquietos por la falta de noticias, fueron a verlo, este hombre les negó terminantemente la entrada diciéndoles: "El maestro sufre y no puede ver a nadie". La conducta del médico que lo atendía fue también extraña y vergonzosa: primero aseguró que pronto curaría y al verlo empeorar también lo abandonó.

En París en una reunión en casa de Lablache se resolvió, como última medida, solicitar la ayuda de la Autoridad. Ya era tarde, pues ese mismo día, era el 23 de setiembre de 1835, fallecía completamente solo en una oscura y abandonada estancia. Cuando su amigo el Barón Aymé d'Aquinó llegó, encontró todo abierto, esta vez nadie le cerró el paso. Bellini yacía en el lecho, en un lóbrego rincón, la muerte había traído a su rostro nuevamente la calma y la dulzura. Encontró solamente al jardinero de la casa, que fue la persona que lo atendió en sus últimos momentos. París entero lloró su muerte, se indignó y clamó

justicia contra el delito, pues se creyó que era la víctima de un envenenamiento. El rey ordenó la autopsia y se supo que había sido una inflamación intestinal complicada con el hígado. Entonces se descartó el envenenamiento. Pero esta enfermedad, ¿pudo ser el efecto de una lenta y progresiva intoxicación provocada?

Si así hubiera sido ¿qué los impulsó los Lewys a ello?, ¿qué interés les reportaba desembarazarse del músico? El monarca quizás no, pues aunque gozaba en esos entonces de fama y llevaba la vida de un gran señor, es de suponer que tuviera algunos bienes pero que también hiciera muchos gastos dada la posición que ocupaba. Se dice que tuvo horribles delirios, ¿habría sido entonces que Lewys huyó, al temerse descubierto y habrá sido también por eso que lo tuvo incomunicado? ¿Habrá sido una complicidad con el médico de quien se sabe que era persona de pésimos antecedentes? ¿En qué estado física y mentalmente se encontraba entonces Bellini? Recordemos lo que decía Lewys cuando iba a verlo. De ser cierto ¿de qué clase serían esos sufrimientos? Por lo poco que se sabe creo que habrán sido tal vez más grandes y penosos los morales que los físicos.

¿Fue dominado por esa gente que llevada por maquiavélico plan lo supo conquistar y catequizar poco a poco? ¿Ya estaba tan enfermo que no tuvo voluntad para rebelarse contra sus carceleros? ¿Ni siquiera acudió escribiendo a sus amigos o las posibles cartas fueron interceptadas?

El más completo misterio rodea todo y nunca sabremos cómo fueron los últimos días de su existencia. De haber sido Lewys culpable hay que suponer un motivo oculto muy poderoso o que este hombre sufriera un desequilibrio mental grandísimo para llevarlo a cometer un hecho de tales proporciones.

No hay ningún dato concreto en que fundar una acusación, pero cada una o todas las hipótesis pueden tener veracidad. Sea lo que sea, nos separan de ello más de cien años y cada vez será más difícil levantar el pesado silencio y develar la incógnita. Una vez más el trágico sino del pasado siglo cortaba una vida plena y hermosa que estaba dando recién sus mejores frutos.

Su cuerpo fue a descansar, junto a Chopin, que había sido el gran amigo de su vida, a Père-Lachaise, el romántico cementerio de París y la paz descendió sobre sus tumbas envuelta en el espíritu de la música.

Hasta que últimamente, en 1935, centenario de su muerte, la tranquila Catania lo recibió nuevamente, cual hijo pródigo, en su maternal regazo.

Susana SALGADO GOMEZ.  
(Especial para EL DIA).

**LOS ACONTECIMIENTOS  
LO DOMINAN!**

No puede quedarse quieto! Se levanta, se sienta, agita los brazos, cruza las piernas y se agarra de las solapas del saco. Pero toda esta actividad no afectará para nada la caída impecable de su traje confeccionado con Casimir ILDU. Es que el Casimir ILDU resiste el uso más riguroso; no se deforma ni se arruga. Para su próximo traje confeccionado prefiera uno con el Precinto de Garantía ILDU en el ojal.

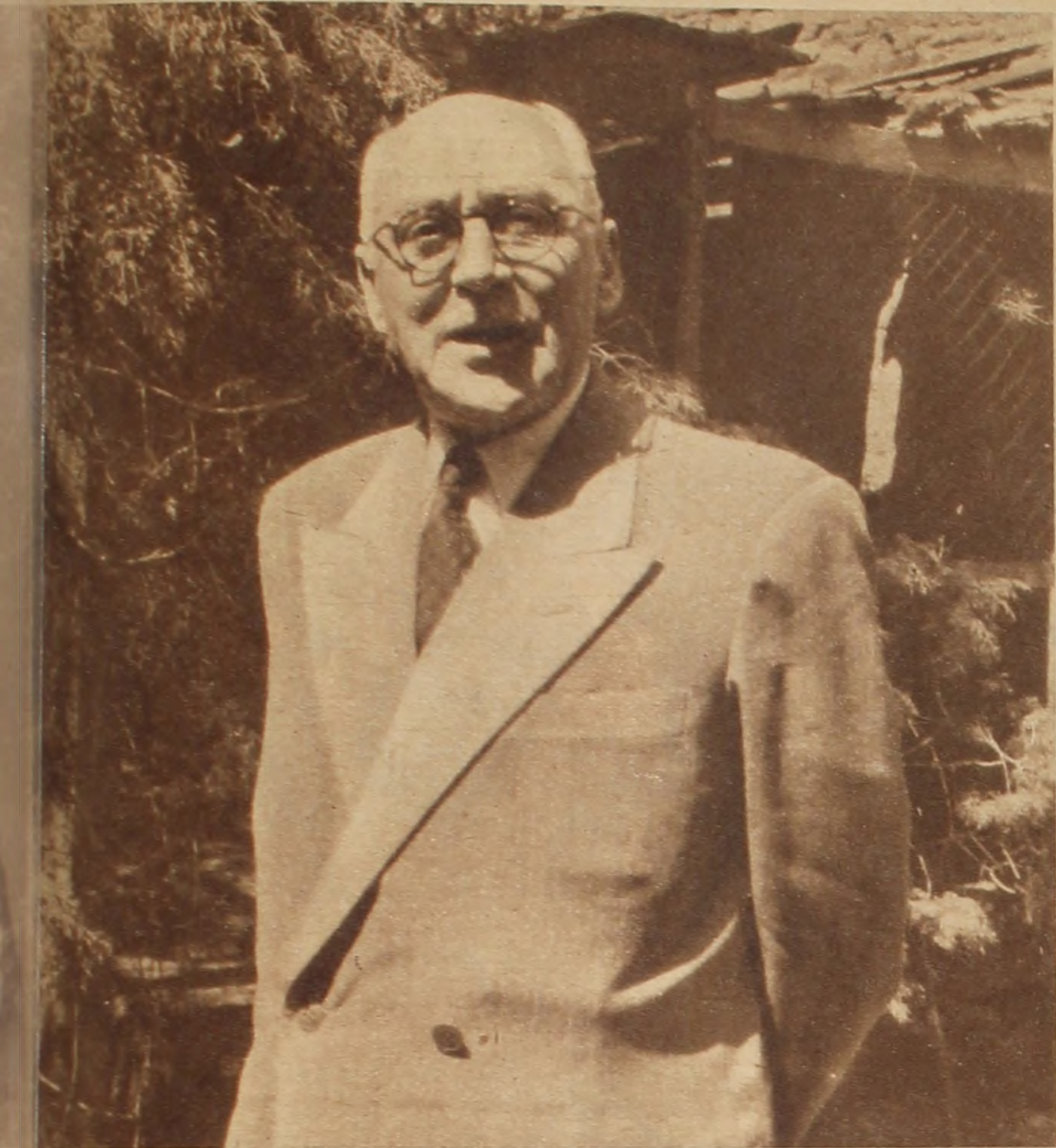
A pedido de los comerciantes que lo solicitan, el Precinto de Garantía es colocado por personal de ILDU en todos los trajes confeccionados con Casimir ILDU.

**Casimires ILDU**

100 o/o lana



Delite con "EL HOMBRE DE LA CALLE" por CX 16 RADIO CARVE, los lunes, miércoles y viernes a las 20.15 horas.



Eduardo Barrios.

## LOS HOMBRES DEL HOMBRE EDUARDO BARRIOS

ACE su ficha biográfica que nació en 1884; quiere decir que bordea el interno grave, esa hora de mirar la vida desde lo alto. Tal ha hecho siempre Eduardo Barrios, y así lo expresa a través de uno de sus personajes novelescos: "Cuando los hallamos confundidos y desesperados bebemos elevarnos". "Pulgarcito, perdido a la oscuridad y la mañana del bosque, subió a la cima de un árbol y desde allí escuchó una lucecita en medio de su noche". Buena lección la de buscar altura para ver lejos.

Nació en Valparaíso, en Chile. Hizo en su primer estudio y allí fue compañero de curso de los dos García Caldeón, Francisco y Ventura, a quienes recordará siempre. Inició después en Santiago la carrera militar, mas hubo de dejarla al poco tiempo. El sosegado señor de hoy, tuvo mocedad agitada y trashumante, ella misma con visos de novela que se está viviendo: hizo alguna incursión en el comercio, fue a las gólgotas de la montaña peruana, buscó minas en Collahuasi, tomó algún descanso como tenedor de libros, y también cuenta en su vida aventurera el haber sido atleta de circo, sin haber desconocido esa otra acrobacia del periodismo. Muchas veces cruzó a lomos de mula la cordillera. Todo ello evidencia un existir tenso e inquieto, encarado con varonía, vivido en plena realidad, en contacto con la naturaleza que permanece y los hombres que pasan. Luego refrenó su nomadismo en la Dirección de la Biblioteca Nacional, y más adelante el ex-trafficante en máquinas, como Ministro de Educación, aplicó a las gestiones públicas la misma mano firme con que rigió su destino de escritor andariego.

Complejo el hombre, con su multitud adentro; por eso amparo estas anotaciones bajo el título de uno de sus libros que plantea la pluralidad interior del individuo. Complejo y diverso; a su medida, la obra múltiple. A sus novelas no puede señalárselos parentesco, a no ser aquel que viene de unificarlas bajo el amparo de la enjundia y la dignidad creadoras. Del realismo descriptivo de "Un perdido" se ubica en el fino misticismo de fray Lázaro, el monje racionante de "El hermano asno", a quien persigue el aroma profano de un amor fallido que dejó en el mundo. De la confidencia cándida y honda de una infancia precozmente desbaratada por la melancolía de un sentimiento devorador nacido a destiempo, en "El niño que enloqueció de amor", se empina en la grandeza bravía de "Gran señor y rajadiablos", uno de esos libros que jalonan la historia de la literatura en América e incorporan en

buenas gloria y buenas entradas para su autor. Con maestría va modelando la silueta decisiva del protagonista, José Pedro Valverde, recién desde la infancia engeñada por el padre resuelto y sereno y el tío cura camorrista y justiciero, que vivió entre rezos y pendeñías, y que sustituyeron con ternuras viriles los cariños femeninos de que careció su niñez sin madre. Vigorosa pintura de un carácter, el personaje central polariza el libro, hace de éste nuevo feudo, como lo hizo, en la ficción del relato, de su retazo de tierra chilena. Es el huaso opulento y cultivado, el patrón de empresa y arrojo, el del amor legal y los amos fáciles, patriarca de su fundo, con el coraje bien templado y la hombría a flor de piel. De él emana una majestad avasallante que rinde voluntades y le conquista adeptos y enemigos. Impónese en la comarca desde mozo por el trío acometedor, el espíritu de iniciativa, el ademán autoritario, y prosperidad y grandeza le vienen juntas. El ancho paisaje que le circunda es sólo el escenario donde mueve sus gestiones indómitas de señor de horca y cuchillo que hace justicia por sí mismo. Don José Pedro Valverde monopoliza la atención, resume en él toda la obra; es su eje y su nervio. "A la grandeza llega el hombre por dos caminos: por el vuelo de sus virtudes y por la exaltación de sus defectos", reconoce el caballero, ya viejo. La novela tiene la curva amplia y perfecta que diagrama la vida; va de nacimiento a muerte cubriendo el itinerario de una psicología rica, de hombre valiente, sensual, enamorado, generoso, tierno, sentimental, orgulloso y altanero. Gusta a la imaginación verlo hincar en los ijares del caballo las nazarenas lujosas y tintineantes en calagadas sin término, realizar proezas el los rodeos, arremeter contra intrusos que alguna vez le invaden la casa circundada de cadenas, como antaño cuadraba a casas linajudas, y todo ello como un Cid campesino cuya fama hazañera encorajina las admiraciones. Declinan sus días dentro del estilo conforme al cual viviera; repentinamente afirma: "Hoy me voy a morir". Rodean al amo voluntarioso, en escena bíblica, la esposa viejecita, los hijos y los bastardos, la peonada fiel. Están todos. Y quieren disuadirle. Mas casi colérico corta los consuelos: "Basta. Yo me muero cuando me da la gana". Estupendo el hombre.

Y muere. Y fina el libro. Mas la leyenda está de pie, y nos queda en el corazón la estampa recia del Don Juan rural, con su gallardía, su tarba encanecida, "joya de plata sobredorada que va perdiendo el sahumero", su carácter violento y duro atemperado por sus ternuras másculas, recorriendo a lomos de sus caballos terribles los campos patrios e irguiéndose como símbolo de chilenismo en las letras de América.

"Los hombres del hombre", que plantea el problematismo interno del individuo al encarar situaciones y conflictos, editado en 1950, es la obra más nueva de Eduardo Barrios. Recién aparecida por aquellos días en que llegue a Santiago, salía al paso en cada librería. Ante el escaparate de Nascimento, desbordando ediciones de todos sus libros, destacado el nuevo intencionadamente, y destacándose sin quererlo "Gran señor y rajadiablos", decíame Barrios entre zumbón y quejoso: "Comienzo a tenerle fastidio a este libro; me resulta el rival de todos los otros". Mas en tal rivalidad con el resto de su propia obra está implícita la auténtica consagración definitiva.

Evoco siempre al "tío Eduardo" en su hidalguía apacible, patriarca, como su Pepe Valverde, en la casa acogedora donde mujer e hijos le reverencian, con el hablar suave y pausado tan acorde con la menuda escritura minuciosa. Sencillo y afable, nada en su exterior pone en relieve el signo visible de la sobreestimación o la marca de los egotismos. Le conocí temiendo, pues toda grandeza pone en guardia, y salió conquistada para siempre por la llaneza de su fácil señorío. Cortó de su jardín santiaguino invadido por la noche, tres rosas "para su hermana Juana", que llegaron frescas aún a las manos de aquella que las invocaba en "Las Lenguas de Diamante", y están todavía guardadas entre cristales.

Eduardo Barrios: un mucho gran señor y un poco rajadiablos él mismo, tiene en la novela hispanoamericana lugar indiscutido de privilegio. Releyendo sus libros, me detengo en una frase que acaso nos lo explique cabalmente: "Todo está en que nos alumbré el amor. Entonces acertaremos".

Dora Isella RUSSELL.

(Especial para EL DIA)



Ilustración de Gracia Barrios para la primera edición de "Los hombres del hombre".

el friso de los personajes de la ficción inolvidable la silueta de un señor campesino cuyo contorno linda con la dimensión de una leyenda épica. En tanto que "Los hombres del hombre" son el trasunto de un drama vivido en el recinto de la conciencia, monólogo adolorido y detallista de un ser en perpetuo acecho de las reacciones de su intimidad.

Hay en "El hermano asno" una infinita cuota de poesía candorosa, la frescura y la luminosidad de colores de una viñeta arcaica, el olor a legumbres, la alusión simbólica de la paloma que taja del olivo viejo, el pozo de aguas limpias cuya rodana chirriante rivaliza con los gorjeos del jilguero enjaulado. Retazo de vida humilde y anónima marginado por los claustros envejecidos, hombres que se disciplinan para someter a su carne y a sus recuerdos, monjes ingenuos de tosca fe primitiva, monjes sutiles que buscan en el recogimiento el olvido de todos los pesares humanos. "No soy inocente, no soy ingenuo", clama fray Lázaro; y viendo pasar a un hermano conventual que lleva en la mano una cacerola blanca, musita el ruego pueril y tierno: "Hermano Juan, tú que tienes un alma de cacerola blanca, ruega también por mí". Afirma Lázaro que "no vacila en su esperanza. Pero... ella sale a mi encuentro y mi alma cambia de color como el follaje de un árbol en la brisa". ¿No pudo escribir esto, centurias hace, algún remoto poeta de Oriente? El místico se aferra a su creencia; mas el pero da la tónica de la alternativa. "Modelo en su género en toda la literatura en castellano" sostiene de este inventario psicológico Luis Alberto Sánchez.

Y el breve puñado de páginas admirables de "El niño que enloqueció de amor", conmueve por su acierto patético, su honrada ingenua. Es el diario de un niño enamorado en forma absorbente de una prima adulta, en quien cifra toda ternura, y cuyos resortes sensoriales se quiebran cuando comprende que ella se casa y no le pertenecerá nunca. Es dulcemente triste la lectura de ese monólogo balbuceante y desolado de un temperamento enfermizo sobre el que incidió "el rayo que ilumina los corazones antes de tiempo". Quienquiera lea esa confidencia atormentada inclinará su emoción del lado del niño "que en vez de irse a correr mundo por el camino de flores, se fue por el de espinas". En suma, también hay en todo ello una tremenda densidad poética.

Claro está que la culminación literaria de Eduardo Barrios se compendia en "Gran señor y rajadiablos". Nueve o diez ediciones lleva ya, que hablan juntamente de

# INFORMACION GRAFICA

Algunos aspectos de las reacciones del pueblo argentino frente a la Fundación Eva Perón, desde donde se tiraron a la calle muebles y retratos; restos de lo que fue la Alianza Popular Nacionalista, otro de los baluartes destruidos; una de las tantas nutridas congregaciones frente a la Plaza de Mayo, manifestando su adhesión a los nuevos gobernantes.





Cumpleaños de la clase jardinera de la Escuela N° 26, "Países Bajos".



La celebración de los quince años de la señorita Raquel Alba González Inchauspe, dio motivo a una animada reunión juvenil que festejó a la agasajada.



El señor Andrés Leicht y su esposa, doña Julia Schusselin de Leicht, integrantes de un prestigioso hogar de Colonia Suiza, celebraron recientemente su bodas de oro matrimoniales, rodeados de sus hijos y nietos.



Homenaje que Casa del Teatro del Uruguay organizó a nuestro querido compañero Cyro Scoseria, por su magisterio en la crítica teatral y musical durante más de cuarenta años, ejercido con una sapiencia y elevación de juicio sin par. Todo cuanto de representativo existe en el ambiente teatral se congregó alrededor de Cyro Scoseria para testimoniarle su afecto y consideración. Aparece en la nota la cabecera de la mesa.



De regreso de una gira por las ciudades de Mercedes, Carmelo y Fray Bentos, donde se explicó el alcance del nuevo edificio proyectado para la Agrupación Universitaria, una amplia delegación capitalina se reunió con un grupo de profesionales en Carmelo.



Delegados de distintas entidades científicas con los doctores José F. Arias, Lorenzo y Deal, Cravanzola, Michelini y otras representaciones, se reunieron con la Mesa Permanente de la IV Convención Médica Nacional, para examinar varios problemas gremiales, tales como la colegiación obligatoria y el seguro social.



Oficialidad y marinería del gigantesco portaviones norteamericano "Bennington", que ha estado anclado a pocas millas de Montevideo, rindieron homenaje al General Artigas al pie de su monumento.



El nuevo Presidente del Consejo N. de Subsistencias, contador José Queraltó, durante la visita que le hicieron el Presidente de la Federación Uruguaya de Cooperativas de Consumo, señor Luis Bellagamba, y el Secretario, señor Ingeniero Dario Cal, para coordinar algunos aspectos técnicos del aprovechamiento de sus 40.000 afiliados.

**E**RA la estancia de don Casildo Santana uno de esos establecimientos ganaderos en donde más se conservaba y avivaba el sagrado fuego de la tradición. Ya don Casildo había empotrerado su hacienda con límites de siete hilos y había ahondado baños y levantado bretes; pero una vez al año, cuando él cumplía los suyos y en homenaje a sus mayores, hacía yerras campo afuera y de la enorme manguera de piedra que sus antepasados alzaron a brazo y lomo achicando la sierra, salían raídos los baguales buscando el campo libre, enloquecidos por soterías y lloronas que sobre la carne virgen iban marcando la esclavitud que el hombre les imponía.

Era, pues, en un glorioso día de estos. Había mucha gente en la estancia, la mayoría convidados por Santana y atraídos por el mentado prestigio de aquellas jornadas que constituían, con los extremos de la maestría campera, un real torneo. Y era de mañana, a la hora de las achuras y del amargo. Santana presidía en el galpón grande; su esposa, doña Mercedes Jurado, en el patio donde las mujeres apuraban café con leche, untando rebanadas de pan casero con una manteca amarilla y suave, plena de vitaminas magníficas.

Antes del medio día se pialaría, enlazaría y se marcaría. Después de una breve siesta serían las domas. Cuatro o cinco compadres de Santana habían traído sus expertos en esta ciencia, arte y trabajo. En la ronda se comentaban lances pasados, ya grabados en la crónica del pago. Peones, domadores y amos hacían ancha rueda, unidos todos por los cimarrones que iban y venían, hermanados por el porrón que trazaba un círculo sin fin, cambiando pareceres o atendiendo a ellos.

—En Monte Alto —decía uno— ande está la estancia de Tata Anito, hubo un potrero que naides le sentó garras. Era chucuelo, bufador, mordedor y bailarín en la güelta. Más parecía, en el entendimiento, cristiano que bruto. Les tomaba el tiempo a los que lo saltaban y del salto al suelo duraban lo que un pucho. Cisneros el bizco, superior domador entre los superiores, no le aguantó el tercer corcovo. Sólo los años pudieron arrocinarlo y así, viejo y todo, de vez en cuando se sulevaba y araba el campo con el jinete que juera



### Sinceramente... su **CUTIS SECO** ¿comienza a notarse?

Obsérvese detenidamente ante el espejo: ¿descubre en ciertas zonas de su rostro, líneas, asperezas, paspaduras?... Es natural, amiga: después de los 25, las glándulas encargadas de lubricar la piel comienzan a mostrarse perezosas, su secreción de aceites disminuye —o casi desaparece— y la piel, reseca, ¡sufrir las consecuencias!

**Cómo ayudar a su cutis seco?** Simplemente, reemplazando esos aceites por sustancias similares, que realicen idéntico trabajo: defender la piel contra los agentes externos y mantener su elasticidad juvenil. Para ello **Crema Pond's "S"** —especialmente creada para cutis seco— resulta insuperable: 1° contiene lanolina, sustancia muy semejante a los aceites naturales de la piel; 2° está enriquecida con una especial emulsión suavizante, y 3° esta homogeneizada para el total aprovechamiento de sus benéficos ingredientes. Adquiera hoy su pote de **Crema Pond's "S"**, y úsela así:

**Al acostarse:** Después de la limpieza profunda con **Crema Pond's "C"**, aplique abundante **Crema Pond's "S"** sobre la cara y el cuello, dejándola —si es posible— toda la noche.

**Durante el día:** Extienda una fina capa de **Crema Pond's "S"** sobre el rostro... Su cutis, protegido contra la sequedad, recobrará ¡muy pronto! su encantadora tersura.



José MONEGAL

## TEORIAS SOBRE EL ARTE DE DOMAR

En una de esas, Santana habló así:

—Mucho domador he visto, pero ninguno como el viejo Froilán Cueva. El me decía siempre —y lo hacía además—: Desde que enderecé a un potrero carece el hablarle. Hablarle de corrido y siempre y dirsele arrimando hasta palmiarlo. No hacerle sentir el rigor del hombre, sino su superioridad. Miren: no hace muchos días un sobrino que tengo trujo algunos libros. Uno de ellos era de un tal Rosas, ande escribía recomendaciones pa sus capataces y ande les hablaba de tuito sobre estancias. Me gustó aquello cuando decía: todo pión que busque enfrenar un redomón y subirlo, debe enderezar a él no como ánima en pena, sino derecho y decidido y debe de hablarle, hablarle siempre...

En la rueda y entre los peones de la estancia, estaba Manduca Cortés, un pardo encrespado, de ojos grandotes, bruto como un tamambo. Este Cortés se venía apasionando hacía tiempo de Dacila Salgado, china de por allí, joven y bonita, que maldito sea si había notado los platónicos arrastres de ala del pardo. Dicho pardo, conocedor del prestigio que daba la fiesta de ese día a quien en ella se destacara, había resuelto, ya en la víspera, jugarse cualquier lance en bien de que los ojos de Dacila se fijaran, de una vez por todas, en su figura. Recogió, pues, en ese instante, las palabras del patrón, las guardó en el pecho y decidió ponerlas en uso en cuanto cuadrara.

Y vinieron las yerras. Y allí Juan Lemos y Rudecindo Cuadrado, luciendo alardes, se llevaron todos los ojos y todos los corazones que estaban sobre y bajo vestidos de percal. Piales, tiros de lazo, enguampadas, fuerza, coraje, sol y cielo azul...

Después se almorzó y se bebió y concluyese de encender la gente. Cortés también cayó en el incendio. Poco después se encerraron en la manguera hasta veinte potros, potros de ojos sangrientos, nervios temblorosos y pata ligera.

—¡A ver! —gritaba frenético Santa-

na—. ¡Enlacen ese bravo charol, que es mi reservao, pónganle garras y que lo trepe quien sea hombre!

Enlazarlo y ensillarlo fue Troya en bufidos, coces y mordiscos. Al fin, el reservado quedó estaqueado en el bramadero, babeándose de rabia y de protesta.

Cortés miró primero a Dacila y luego a su amo. En seguida gritó:

—¡Pido la bolada!

El concurso miró con pasmo al corajudo, pues los domadores se estaban aún conversando, consultándose, en tanto el bayo charol hacía crepitar la tierra. Santana observó con extrañeza a Cortés. Y exclamó:

—¿Diandé saliste copador de bancas, pardo?

—¡Pido la bolada! —tornó a gritar este, ya un poco airado.

—¡Pues monte el bayo el pardo Cortés! —levantó su voz el hacendado—, ¡y a ajolá luego no estemos de velorio!

Entonces Manduca enderezó a la fiera, enderezó recto y decidido; iba murmurando:

—¡Bayo, quieto bayo charol, te viá montar de salto, te viá arrocinar, quieto bayo, te viá galopiar y orejar, quieto, quieto, y trair de güelta tironiao y manso, quieto bayo, pa arrocinar después a la Dacila que se me anda negando hace tiempo, quieto charol, no te me tendás, ni planché, ni rodés; mirá las nazarenas que calzo y el talero que yevo; quieto, quieto bayo charol...

Y así siguió el pardo su retahila, en tanto se aproximaba al potrero. Y observó que éste había quedado del todo inmóvil, aunque si hubiera observado la intención que reservaba, en sus ojos quemantes, quizá hubiera desviado la recta de sus pasos. Llegó, siempre con su discurso a flor de boca, despresilló y dio un salto felino. Cortés miró fugazmente que doscientos ojos estaban sobre él, cuando se vio en la cúspide del bayo. Y como éste seguía petrificado, él, ya crecida su personalidad ante la suspensa asamblea y dando casi por terminada su jineteada en virtud del ensalmo que había recogido de

boca del patrón, descargó el talero y clavó las espigas de sus nazarenas. Y el lomo del bayo charol fue como la explosión de un volcán enfurecido. Manduca sintió que todo él crujía, que se elevaba, que planeaba a lo cuervo y caía a lo aguatero en víspera de tormenta. Y no sintió más nada, porque hundió la tierra con sus noventa kilos que descendieron verticalmente y con la cabeza hacia abajo. Allí mismo lo rodeó la gente, en tanto el bayo iba tendiendo con increíble regularidad, sobre las cuchillas distantes, todo lo que corresponde a un apero completo. Del grupo se adelantó Santana. Mandó traer un balde con agua, que la azotó sobre la mollera de Cortés, mollera que sólo el bayo charol pudo conmovir en la largura de su vida. El pardo abrió lentamente los ojos, miró el círculo que a él miraba, y conoció su tragedia.

—¿No te pregunté, pardo, diandé saliste copador? —increpóle Santana.

Cortés se enderezó un poco y contestó:

—Mire, don Santana: copé valga su palabra. Enderecé al bayo como si en vez de potrero fuera una torta frita; y rezándole una oración que ni la negra Dioga santiguando. Y mire y disculpe: su don Froilán Cueva sabría mucho de domas, y los libros que le trujo su sobrino, del mismo modo; pero estoy pensando, en la medida que me ha dejao el charol, que si por descursos juera, ¿por qué no trai pa entropillar sus potros aquel dotor que habló en la reunión partidaria del 82? Yo quería verlo sobar la lengua, no parao encima de un cajón y rodeao de fogones y de aparos, sino sentao en lo alto del recajo del bayo...

El pardo se levantó del todo y puso proa a las casas, tambaleando. Pero antes le expresó a Santana:

—¡Déjemé dir pa la cocina, que más valerá esto que estar descutiendo sobre oratorias y jinetiadas! ¡Me viá poner un par de porotos sobre las sienes; dicen que son muy güenos pa el dolor de cabeza!

José MONEGAL

Dibujo del autor. — (Especial para EL DIA).

EDGAR RICE BURROUGHS

# Tarzan

TARZAN Y SUS AMIGOS ANIQUILARON A SUS ENEMIGOS...  
TODOS A EXCEPCIÓN DE LEÓN POST, QUIEN HUYÓ DE LA  
MINA LLEVÁNDOSE COMO REHEN A PAT OGDEN.



CON UN GRITO DE DESAFÍO, CO-  
RRIÓ EL HOMBRE MONO EN PERSE-  
CUSIÓN DEL JEFE DE LA BANDA.



APIDAMENTE CORRIÓ TARZAN HACIA LA CAVER-  
NOSA BOCA DE LA MINA, EN LA QUE YA HABÍA  
DESAPARECIDO LEÓN POST.



EN EL INTERIOR, ENCONTRÓ A PAT OGDEN EN UN RECODO, APARENTEMENTE ABANDO-  
NADA POR SU SECUESTRAADOR...



DE PRONTO SE ENCENDIÓ UN CEGADOR REFLECTOR  
Y SE OYÓ EL POTENTE ESTAMPIDO DE UN TIRO.

UNA CARCAJADA RESONÓ POR LA MINA, MIENTRAS  
LEÓN SE ACERCABA A LA FIGURA YACENTE DEL  
HOMBRE-MONO...



PERO LA RISA SE TRANSFORMÓ  
EN PÁNICO, AL VOLVER DE NUE-  
VO LA VÍCTIMA A LA VIDA.



DICK  
VAN BUREN  
JOHN  
CELARDO  
1242

...Y EN LA TRANQUILA OSCURIDAD, DOS FORMAS SALVAJES LUCHABAN  
EN MORTAL DUELO.



# TODDY

Ahora también *sin cacao*

¡Para todos!

# TODDY



**Casa Zoler**  
SOLER HIJOS, S. A.

*Primaveral*

PRESENTACION  
DE LA MAS  
DESLUMBRANTE  
SELECCION DE

## ALGODONES ESTAMPADOS

**CLOQUE ESTAMPADO**  
francés, novedosos diseños y brillante colorido. Ancho 0.90, el metro **\$2.80**

**PERCAL AMERICANO A.B.C.**  
en gran variedad de estampados. Ancho 0.90, el metro **\$3.50**

**ALGODON INGLES**  
estampado en delicados colores esfumados. Ancho 0.90, el metro **\$3.80**

**GIVRINA TORNASOL**  
en liso y estampado, original algodón francés recién recibido. Ancho 0.90, el mt. **\$4.50**

**POPELINA ESTAMPADA**  
diseños indicados para jovencitas. Ancho 0.90, el metro **\$4.80**

**PIQUE ESTAMPADO**  
"PETER PÁN" en suaves tonalidades. Ancho 0.90, el metro **\$4.80**

**ALGODON AMERICANO**  
estampado en regia calidad, colores garantidos. Ancho 0.90, el metro **\$5.50**

**POPELINA ESTAMPADA**  
tela de gran actualidad, en novísimos diseños. Ancho 0.90, el metro **\$6.50**

**CLOQUE Y TELAS DE LINO ESTAMPADAS** en una extraordinaria variedad de dibujos y colores. Ancho 0.90, el metro **\$6.50**

**POPELINA SATINADA**  
francesa, novedosa fantasía para gran vestir. Ancho 0.90, el metro **\$7.50**

**VOILE SUIZO**  
estampado, vaporosa tela para su vestido de estación. Ancho 0.90, el metro **\$7.50**

**POPLIN IMPRIMEE**  
en diseños esfumados, una creación francesa. Ancho 0.90, el metro **\$8.50**

**SATIN DE ALGODON**  
estampado de gran novedad para trajes de reunión. Ancho 0.90, el metro **\$9.50**

**SATIN Y POPLINES**  
"EVERFAST" inarrugables en modernos estampados. Ancho 0.90, el metro **\$10.50**

### PRIMICIAS

#### RECIENTE RECIBIDAS

NYLONS, ORGANZAS,  
CLOQUES Y MUSELINAS  
LISAS Y ESTAMPADAS

AV. AGRACIADA 2302  
ESQUINA MARCELINO SOSA

AV. GRAL. FLORES 2341  
ESQUINA MARCELINO BERTHELOT

AV. 18 DE JULIO 1601  
ESQUINA CARLOS ROWLO

#### CLIENTES DEL INTERIOR:

Soliciten muestras de estas GRANDES NOVEDADES y dirijan los pedidos a nuestra Casa Matriz - Av. Agraciada 2302 esq. Marcelino Sosa.